



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Sala Pablo VI

Miércoles 19 de enero de 2011

Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos celebrando la Semana de oración por la unidad de los cristianos, en la cual se invita a todos los creyentes en Cristo a unirse en oración para testimoniar el profundo vínculo que existe entre ellos y para invocar el don de la comunión plena. Es providencial que en el camino para construir la unidad se ponga como centro la oración: esto nos recuerda, una vez más, que la unidad no puede ser simplemente producto de la acción humana; es ante todo un don de Dios, que conlleva un crecimiento en la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El concilio Vaticano II dice: «Estas oraciones en común son un medio sumamente eficaz para pedir la gracia de la unidad y expresión auténtica de los vínculos que siguen uniendo a los católicos con los hermanos separados: "Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre —dice el Señor—, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20)» (*Unitatis redintegratio*, 8). El camino hacia la unidad visible entre todos los cristianos *habita* en la oración, porque fundamentalmente la unidad no la «construimos» nosotros, sino que la «construye» Dios, viene de él, del Misterio trinitario, de la unidad del Padre con el Hijo en el diálogo de amor que es el Espíritu Santo, y nuestro compromiso ecuménico debe abrirse a la acción divina, debe hacerse invocación diaria de la ayuda de Dios. La Iglesia es suya y no nuestra.

El tema elegido este año para la Semana de oración hace referencia a la experiencia de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, tal como la describen los *Hechos de los Apóstoles*; hemos escuchado el texto: «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en

la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch 2, 42*). Debemos considerar que ya en el momento de Pentecostés el Espíritu Santo desciende sobre personas de distinta lengua y cultura: lo cual significa que la Iglesia abraza desde sus comienzos a gente de diversa proveniencia y, sin embargo, precisamente a partir de esas diferencias, el Espíritu crea un único cuerpo. Pentecostés como inicio de la Iglesia marca la ampliación de la Alianza de Dios a todas las criaturas, a todos los pueblos y a todos los tiempos, para que toda la creación camine hacia su verdadero objetivo: ser lugar de unidad y de amor.

En el versículo citado de los *Hechos de los Apóstoles*, cuatro características definen a la primera comunidad cristiana de Jerusalén como lugar de unidad y de amor, y san Lucas no quiere describir sólo algo del pasado. Nos ofrece esto como modelo, como norma de la Iglesia presente, porque estas cuatro características deben constituir siempre la vida de la Iglesia. Primera característica: estar unida y firme en la escucha de las enseñanzas de los Apóstoles; luego en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Como he dicho, estos cuatro elementos siguen siendo hoy los pilares de la vida de toda comunidad cristiana y constituyen también el único fundamento sólido sobre el cual progresar en la búsqueda de la unidad visible de la Iglesia.

Ante todo tenemos la escucha de las enseñanzas de los apóstoles, o sea, la escucha del testimonio que estos dan de la misión, la vida, la muerte y la resurrección del Señor. Es lo que san Pablo llama sencillamente el «Evangelio». Los primeros cristianos recibían el Evangelio de labios de los Apóstoles, los unía su escucha y su proclamación, puesto que el Evangelio, como afirma san Pablo, «es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (*Rm 1, 16*). Todavía hoy, la comunidad de los creyentes reconoce en la referencia a las enseñanzas de los Apóstoles la norma de su fe: por lo tanto, todo esfuerzo para la construcción de la unidad entre todos los cristianos pasa por la profundización de la fidelidad al *depositum fidei* que nos transmitieron los Apóstoles. La firmeza en la fe es el fundamento de nuestra comunión, es el fundamento de la unidad cristiana.

El segundo elemento es la comunión fraterna. En el tiempo de la primera comunidad cristiana, así como en nuestros días, esta es la expresión más tangible, sobre todo para el mundo externo, de la unidad entre los discípulos del Señor. Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que los primeros cristianos lo tenían todo en común y quien tenía posesiones y bienes los vendía para repartirlos entre los necesitados (cf. *Hch 2, 44-45*). Este compartir los propios bienes ha encontrado, en la historia de la Iglesia, modalidades siempre nuevas de expresión. Una de estas, peculiar, es la de las relaciones de fraternidad y amistad construidas entre cristianos de diversas confesiones. La historia del movimiento ecuménico está marcada por dificultades e incertidumbres, pero también es una historia de fraternidad, de cooperación y de compartir humana y espiritualmente, que ha cambiado de manera significativa las relaciones entre quienes creen en Jesús, nuestro Señor: todos estamos comprometidos a seguir por este camino. El segundo elemento es, pues, la comunión, que ante todo es comunión con Dios mediante la fe; pero la comunión con Dios crea la

comuni3n entre nosotros y se expresa necesariamente en la comuni3n concreta de la que hablan los *Hechos de los Ap3stoles*, es decir, el compartir. Nadie en la comunidad cristiana debe pasar hambre, nadie debe ser pobre: se trata de una obligaci3n fundamental. La comuni3n con Dios, realizada como comuni3n fraterna, se expresa, en concreto, en el compromiso social, en la caridad cristiana, en la justicia.

Tercer elemento: en la vida de la primera comunidad de Jerusal3n era esencial el momento de la fracci3n del pan, en el que el Se1or mismo se hace presente con el 3nico sacrificio de la cruz en su entrega total por la vida de sus amigos: «Este es mi cuerpo entregado en sacrificio por vosotros... Este es el c3liz de mi sangre... derramada por vosotros». «La Iglesia vive de la Eucarist3a. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en s3ntesis *el n3cleo del misterio de la Iglesia*» (*Ecclesia de Eucharistia*, 1). La comuni3n en el sacrificio de Cristo es el culmen de nuestra uni3n con Dios y, por lo tanto, representa tambi3n la plenitud de la unidad de los disc3pulos de Cristo, la comuni3n plena. Durante esta Semana de oraci3n por la unidad se siente de modo especial la aflicci3n por la imposibilidad de compartir la misma mesa eucar3stica, signo de que todav3a estamos lejos de la realizaci3n de la unidad por la que Cristo rez3. Esta dolorosa experiencia, que tambi3n confiere una dimensi3n penitencial a nuestra oraci3n, debe llegar a ser motivo de un compromiso todav3a m3s generoso por parte de todos, a fin de que, al quitar los obst3culos a la comuni3n plena, llegue el d3a en que ser3 posible reunirse en torno a la mesa del Se1or, partir juntos el pan eucar3stico y beber del mismo c3liz.

Por 3ltimo, la oraci3n —o, como dice san Lucas, las oraciones— es la cuarta caracter3stica de la Iglesia primitiva de Jerusal3n descrita en el libro de los *Hechos de los Ap3stoles*. La oraci3n es desde siempre la actitud constante de los disc3pulos de Cristo, lo que acompa1a su vida cotidiana en obediencia a la voluntad de Dios, como nos lo muestran tambi3n las palabras del ap3stol san Pablo, que escribe a los Tesalonicenses en su primera carta: «Estad siempre alegres, sed constantes en orar, dad gracias en toda ocasi3n: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jes3s respecto de vosotros» (*1 Ts* 5, 16-18; cf. *Ef* 6, 18). La oraci3n cristiana, participaci3n en la oraci3n de Jes3s, es por excelencia experiencia filial, como lo confirman las palabras del Padrenuestro, oraci3n de la familia —el «nosotros» de los hijos de Dios, de los hermanos y hermanas— que habla al Padre com3n. Ponerse en actitud de oraci3n significa, por tanto, abrirse tambi3n a la fraternidad. S3lo en el «nosotros» podemos decir Padre nuestro. Abr3monos pues a la fraternidad, que deriva del ser hijos del 3nico Padre celestial, y estar dispuestos al perd3n y a la reconciliaci3n.

Queridos hermanos y hermanas, como disc3pulos del Se1or tenemos una responsabilidad com3n hacia el mundo, debemos prestar un servicio com3n: como la primera comunidad cristiana de Jerusal3n, partiendo de lo que ya compartimos, debemos dar un testimonio fuerte, fundado espiritualmente y sostenido por la raz3n, del 3nico Dios que se ha revelado y nos habla en Cristo, para ser portadores de un mensaje que oriente e ilumine el camino del hombre de nuestro tiempo, a menudo privado de puntos de referencia claros y v3lidos. As3 pues, es importante crecer cada

día en el amor recíproco, esforzándose por superar las barreras que todavía existen entre los cristianos; sentir que existe una verdadera unidad interior entre todos los que siguen al Señor; colaborar tanto como sea posible, trabajando juntos sobre las cuestiones que quedan abiertas; y, sobre todo, ser conscientes de que en este itinerario el Señor debe socorrernos, debe ayudarnos mucho todavía, porque sin él, solos, sin «permanecer en él» no podemos hacer nada (cf. *Jn* 15, 5).

Queridos amigos, una vez más, nos encontramos reunidos en la oración —de modo especial en esta semana— junto a todos aquellos que confiesan su fe en Jesucristo, Hijo de Dios: perseveremos en la oración, seamos hombres de oración, implorando de Dios el don de la unidad, a fin de que se cumpla para todo el mundo su designio de salvación y de reconciliación. Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España, México y otros países latinoamericanos. Junto a aquellos que confiesan la fe en Cristo, os invito a implorar de Dios el don de la unidad, con el fin de que se cumpla para el mundo entero su plan de salvación y reconciliación. Muchas gracias.